

Don Forrest Quijote Gump

Optó el mundo por no parar... cuando algunos quisieron bajarse. Y bajo el adoquín –claro– no estuvo nunca la playa; y prohibir –al final– resultó no estar prohibido; y osar pedir lo imposible –para qué engañarse tanto– terminó siendo irrealista.

Aunque da igual, no importa. Los 60 y su aventura merecerían –sin más– la pena, por permitir verla cruzar, todo el pantano a saltos... para abrazarse a su amigo, sobre el azul de un estanque.

Ella, después –suele pasar–, se marchará con quien no la merece; y Forrest se queda allí, y Forrest le dice adiós. Y si para olvidar unos beben, Forrest emprende viaje; y echa a correr mucho trozo, y así estará mucho tiempo.

Se cruzó –tan ancho– Alabama, como antes, otros, recorrieron alguna Mancha... en busca de lo que no existe.

A unos les dicen *idiotas*, a otros los tachan de *locos*... Los hay que insultan sin saber.

En la mochila de sus adentros, con él siempre fue ella: habitando su verdad, llenando su único anhelo.

Y la dibujó todos los tiempos, y la pensó todas las veces; porque sólo así puede quererse... un amor, que está a distancia.

A *su muy mejor amiga*, a su Jenny/Dulcinea/Robin Wright, nuestro Forrest, nuestro Gump, la llevó siempre muy cerca: para acariciarla en su memoria, para abrazarla en su recuerdo, para soñarla en su espera.

Y un día, Forrest, en otra de sus *torpezas*, en otra enorme *tontería* que sólo él sabe decir, para permitir que algún irbécil pueda llamarle *tonto*, se lo brinda a los misterios: “Yo no soy muy listo, Jenny... pero sé lo que es el amor”.

Óscar Sanchez Alonso

oscarsanchez.alonso@upsa.es